

MERCADO DE SAN AGUSTÍN. GRANADA

Eclipse

ROMINA SÁNCHEZ PÉREZ

Duna solía dormir boca arriba, era una de las muchas cosas que había cambiado en su vida, pues siempre había dormido de lado, encogida como un feto, como si se protegiese de algo, como si tuviese miedo a la vida. Tenía treinta años recién cumplidos, y se sentía orgullosa de haber optado por lo que creía querer hacer, dedicarse a la fotografía en cuerpo y alma, una opción difícil para una chica de provincias y sin recursos. Para ello, tuvo que romper con algunas cosas. Decidió irse a Madrid con 17 años y 3 pesetas en el bolsillo, dejando atrás un mundo al cual ella consideraba algo cerrado, un mundo que se reducía a su madre, su hermano pequeño y al antiguo Mercado de Abastos de San Agustín, donde de niña solía esperar eternas horas a que su madre terminase la jornada laboral. En aquella época, Duna, cuando todavía no se había cambiado de nombre, era Angustias en honor a la santa patrona de Granada, y como consecuencia de la "mala follá" de su abuela que sugirió ponerle a la niña un nombre "mu sentío". Posteriormente, Angustias fue sustituido por el nombre de Duna, por su forma ondulante, que tenía que ver con el carácter ambivalente de la chica, y sobre todo porque en alguna parte leyó una poesía árabe que decía: "S*u talle flexible era una rama que se balanceaba sobre el montón de arena de su cadera y de la que cogía mi corazón frutos de fuego*". Le parecía muy hermoso que una duna fuese la imagen frecuente de la cadera de la mujer en la poesía árabe; Duna era, para Angustias, sencillamente sensualidad.

Llevaba ya dieciocho años en Madrid cuando su fotografía comenzaba a hacerse un gran hueco en el mundo del arte; acababa de exponer en la Casa de Vacas con gran éxito y cuando no estaba fotografiando o preparando la próxima exposición, se encerraba hermética en su loft, donde convivía con Javier, un marchante de arte del cual estaba embarazada de tres meses, y como ella solía decir: "No sabemos si nos queremos, pero compartimos algunas cosas importantes, nuestro amor por el arte y una gran afición al sexo".



Duna se definía como una chica que se había hecho a sí misma, decidida y aparentemente muy independiente. Solía cerrar con todo aquello que de alguna manera le hacía tambalearse en la vida. Pero desde hacía ya un tiempo, quizá desde que se quedó embarazada, sentía una necesidad imperiosa de volver a Granada, de conectar con aquella ciudad que la vio nacer, de unirse a la vida, de ver a su madre y a su hermano, a los cuales hacía más de cinco años que no veía; la ocasión era perfecta, quería hacer una serie de fotografías tituladas "Vida en un Mercado", dedicadas al mercado de San Agustín, un lugar a veces odioso, otras inquietantes, donde jugó, se desesperó, se divirtió y aprendió algunas cosas de la condición humana.

Así que sin pensarlo dos veces compró un billete de tren y, siete horas antes de llegar, llamó a su madre para darle la noticia de su regreso. En la estación le esperaba medio Granada; para no perder la costumbre, su madre había comunicado a todo el mundo la llegada de su hija. En la puerta del tren, su madre Floriana, con un ramo de flores, su hermano José todo sonriente y su abuela Dolores más abuela que nunca. Detrás de los tres todo un séquito de señoras, vecinas, amigas… A Duna no solía gustarle esas demostraciones de elogio, pero era una ocasión especial, y se había prometido no juzgar nada de lo que viese en esos días, con el fin de romper ciertas asperezas que había habido tiempo atrás entre madre e hija; por eso, Duna decidió entregarse al placer de la vida sencilla, a las costumbres tradicionales de sus titas y abuelas, y encontró en ello mucha riqueza. Una vez que había llegado a casa y había hablado largo y tendido con su madre y hermano en la cena que ambos le habían preparado, Duna se retiró a su habitación.

La emoción la dejó paralizada durante unos minutos. Nada, absolutamente nada había cambiado. Allí seguía estando su camita de cabecero de mimbre y su mesa camilla vestida de un rosa ya descolorido, haciendo juego con la colcha que cubría la cama, su muñeca Rosaura, y el póster del "Libro de la Selva". Abrió el balcón y el olor a jazmín le perforó los sentidos. Allí estaba majestuosa, recibiéndola con sus puertas abiertas, la Alhambra. Si algo le agradeció siempre a su madre fue que nunca se mudase de casa, a pesar de que se quejaban del escaso espacio y algunas goteras, pero compensaba la luz y unas maravillosas vistas. Duna parecía en ese instante una niña que acababan de echar al mundo, desde que vivía en un loft, había perdido la sensación de encerrarse en una habitación, de tener realmente un momento absolutamente privado. Cuando se metió en la cama, se dio cuenta de un detalle que había pasado inadvertido, la foto de Sucu, un gatito negro de ojos verdes, rodeado de cartones; su primera fotografía, y con esa imagen se quedó profundamente dormida.

Eran casi la seis de la mañana, a través de la ventana entraba un reflejo lila cuando Duna comenzó a sentir una punzada en el vientre, que se intensificaba a cada segundo hasta convertirse en un dolor intenso, insoportable, pero no podía huir de la situación, algo le aferraba a estar allí. Su vagina comenzaba a dilatarse, y el dolor era cada vez más fuerte, comenzó a sentir cada contracción como el sonido de un corazón golpeándole los oídos, sentía que todo su cuerpo se abría, estaba empapada, ahogándose en si misma, cuando una criatura peluda, negra y felina salía de su cuerpo con los ojos entre velados. El gatito comenzó a lamerle el sexo, le limpiaba así a Duna todo su dolor, mientras ésta lo abrazaba. En ese momento llegó un señor que por su vestimenta parecía ser un carnicero, llevaba guantes ensangrentados, se acercó a Duna y le arrebató el gatito, ella intentó perseguirle, pero no podía salir de la cama, en ese instante visualizó una furgoneta negra, en la que aparecía escrito "recogida de animales" y observó cómo metieron a su pequeña criatura en aquella especie de coche fúnebre.

Cuando Duna se despertó de aquel extraño sueño, estaba empapada de sudor y encogida como una presa a la que van a atacar, no se atrevía a moverse del sitio, y apenas abría lo ojos. De manera que tras pasar unos minutos comenzó a palpar su cuerpo para comprobar que todo estuviera bien. Su madre irrumpió en la habitación asustada, tras oír las voces de su niña. Duna no habló de ello, sin embargo madre e hija durmieron juntas, abrazadas, como lo hacían en ocasiones especiales, años atrás. Al día siguiente, les esperaba la visita al mercado, donde ambas habían compartido vivencias, y es que cuando las cosas forman parte del pasado, intentamos mantener el mejor recuerdo de ello, para así poder seguir recordándolo y de esta manera no perder nuestra identidad. Es lo que en cierta manera le



pasaba a Floriana. Hacía ya más de siete años que había dejado su puesto de frutera en el mercado, pero ya se le había olvidado las horas que pasaba de pie, los cotilleos de la tendera de al lado, las exigencias de Cloti, una clienta de unos 70 años que ya empezaba a desvariar, y sin embargo echaba de menos el bullicio matutino, el olor de las naranjas a primera hora de la mañana, y hasta los cotilleos de la tendera de al lado. Ella no era consciente, pero siempre traducía su sensación en una frase: "Tantos años por querer dejar la lucha diaria, y ahora parece que dios me castiga, yo no sé por qué estoy tristona, es como si me faltara algo". Después de haber desayunado unos buenos churros con chocolate, Duna cogió su cámara, y ambas comenzaron un largo paseo hacia el mercado. A Floriana le desagradaba la gente cotilla, quizá porque veía su propio defecto reflejado en otros y eso le irritaba. Precisamente, por su cualidad de curiosa es por lo que no pudo evitar preguntarle a Duna por el sueño que la chica había tenido la noche anterior. Es así como Duna reveló su pequeño secreto de infancia, un hecho quizá sin importancia para el resto de los mortales.

La historia se remontaba al año 1979; por aquel entonces, Duna era todavía Angustias y tenía diez años. Angustias era una niña grande para su edad, regordeta, no era guapa en el sentido clásico de la belleza, pero tenía unos grandes ojos color miel que hablaban por sí solos, pestañas rizadas y una nariz algo respingona, que le hacía cara de lista. Pero por lo que realmente atraía las miradas era por sus enormes labios rojos, sus compañeras de colegio rumoreaban que se los restregaba con caramelos drácula, pero eran por naturaleza color cereza. Bajo ese físico llamativo, se escondía una personalidad algo inhibida, solía observar y fijar en su retina todo lo que veía, y luego sólo ella sabía lo que pensaba. Esta actitud le hacía estar, la mayoría de las veces, peleada con el mundo. Su mayor resentimiento le venía como consecuencia de la muerte de su padre cuando ella tenía tres años. No le echaba de menos en el sentido estricto de la palabra, pero dudaba constantemente de su madre, y nunca le perdonó que de pequeña le presentase como a su segundo padre a don Antonio, gerente de un matadero próximo al mercado, y que a pesar de tener un hijo en común, José, único hermano de Angustias, mantuvieron en una especie de secreto a voces su relación y no se casaron hasta muchos años después. En aquella época, Angustias no entendía que su madre ocultara su vida por evitar el qué dirán. Pensaba que si su madre amó a su padre y ahora amaba "al matador de animales", así es como la niña llamaba a Antonio, no tenía por qué avergonzarse de nada de lo que hiciese, pero Angustias estaba segura de que su padre no había sido amado lo suficiente, y lo que más le irritaba es que su madre no había sido del todo consecuente con su elección. Así que Angustias emprendió una especie de cruzada infantil contra "el matador de animales" para salvar la memoria de su padre.

A Angustias le gustaba de su madre que era madre por encima de todo, al menos ponía todo su empeño en serlo, y eso le hacía ser especialmente una mujer entrañable, de grandes meriendas y juegos en la Alhambra. A Angustias le gustaba, sobre todo, lo que ella denominaba las noches especiales, es decir, en noches como la de Reyes, la de algún cumpleaños de ella o de su hermano, que acababa de cumplir el año, o simplemente porque alguno de los dos tenía miedo, Floriana y sus hijos dormían juntos. La madre les contaba historias, a veces fantásticas; otras, recuerdos de su infancia. A Angustias le impactó una especialmente, y era el motivo por el cual Floriana consiguió que la niña madrugase durante un tiempo sin excesivos problemas. En una noche especial Floriana le contó a su hija: "Angus, yo de pequeña era igual de perezosa que tú, y no me gustaba nada ir al colegio, sencillamente, odiaba madrugar, hasta que un día la abuela me enseñó algo sensacional, se trataba del lucero del alba. ¿Qué es el lucero del alba, mamá?, el lucero del alba es el planeta Venus, pero sólo lo podemos ver en raras ocasiones al alba. Dicen que ese planeta fue rechazado por el resto de los planetas. ¿Por qué mamá?, preguntó Angus con brillo en los ojos. Porque rumoreaban que no tenía condición de planeta, que simplemente era polvo de estrella. Pero del polvo de Venus nació una hija, Venusa, que enfurecida por el rechazo que sentía su padre, se hizo un vestido de estrella. Cuando algún planeta cuestiona la condición de Venus, Venusa se coloca su traje estrellado y extiende sus brazos y piernas hasta lo más lejos que pueda llegar, de esta manera consigue que su padre brille más que el resto de los planetas. Es por eso Angus por lo que al alba es posible ver el denominado lucero del alba. Entonces, Venusa quería mucho a

su papá, ¿no?, y no quería que Júpiter u otro planeta cualquiera fuese su padre, a que no? No, Angus, pero ese es otro tema. Mamá, llámame mañana cuando te levantes, quiero ver el lucero del alba. Sí, hija, pero tendrás que tener paciencia, y levantarte todos los días, es posible que no lo veas a la primera".

A la mañana siguiente, Angustias se levantó a las seis y media. Lo primero que hizo fue coger su cámara de fotos, para fotografiar al lucero del alba. Su primera cámara se la regalaron el día anterior por su cumpleaños, era azul, pequeña y disparaba automáticamente, sin mucha elección, salvo la posibilidad de un flash. Pero a Angustias le emocionaba la idea de plasmar todo aquello que hasta ese momento ella consideró digno de guardar en su retina. Así que se dispuso cuan ilusa a la espera de fotografiar al lucero del alba. Pero Venusa no se puso el traje de estrellas ese día.

"Hija ¿ya estás preparada?"; "mamá, llevo una hora esperando, pero el lucero del alba no aparece." "Te dije que hay que tener paciencia, algún día lo verás. Vamos, que se hace tarde." Angustias solía acompañar a su madre todas las mañanas al mercado, ya que el colegio donde ella iba quedaba cerca de éste, así que hacía tiempo jugueteando entre los puestos. Algunas tardes también solía quedarse a la salida del colegio a esperar a que su madre finalizase la jornada laboral. Floriana era un tanto obsesiva con las desapariciones, y no querría dejar a la niña subir sola al Albaicín. Así que a Angustias le tocaba esperar y madrugar por amor de madre.

Esa mañana, de camino al mercado, Angustias lo quería fotografiar todo, las matrículas de los coches, los semáforos, la vieja gitana de las castañas, las vecinas de su madre, el niño cagado del portal de enfrente…; absolutamente todo. Pero a cada intento por hacer una foto Floriana le insistía con: "Angus, mi alma, no te puedes parar a cada segundo para hacer una foto, ¡que no llegamos! "Pero si no me has dejado hacer ni una todavía". "Hija, es tu primera cámara de fotos, así que hasta que no veas algo realmente importante no debes hacer ninguna fotografía, porque si no, cuando seas mayor no podrás conservar el recuerdo de tu primera foto, por eso ha de ser de algo que a ti realmente te impresione". Aquella frase no encerraba ninguna mística, sencillamente, doña Floriana era una mujer con labia para resolver las situaciones. Y es que entre sus manías estaba la de no malgastar que la vida está "mu achuchá", por eso le inquietaba que la niña disparase sin ninguna discriminación las veinticuatro fotos del carrete.

A Angustias le gustaba el olor del mercado a primera hora, sobre todo el de la fruta y verdura fresca, cosa aparte era el pescado. Asimismo, se había acostumbrado a los personajillos que rondaban por allí. Mari Cruz, la ayudante del carnicero, una chica rubia platino de bote, que solía sombrearse la mirada de rosa chicle. A Angustias, le encantaban los tacones de charol blanco con los que Mari Cruz llegaba, pizpireta, cada día al mercado. En ese empeño que algunas niñas de la edad de Angustias ponen en parecerse a todo lo hortera, la pequeña Angus fantaseaba con la idea de ser como Mari Cruz, por lo que era habitual que los tacones no estuvieran en la trastienda cuando la joven terminaba de trabajar y, a menudo, Mari Cruz se volvía loca buscándolos. Al rato solía aparecer Angustias como el gato con botas, arrastrando los maravillosos tacones de charol blanco, que no hacían juego con el uniforme del colegio que, muy a su pesar, Angus tenía que llevar a diario.

Don Manuel era el pescadero, un frustrado cura, que según decían las malas lenguas, "no llegó a cura porque lo pillaron en el seminario en pecado con otro hombre". Así que Manuel sopesaba su frustración repartiendo hostias a





todo el mundo en forma de arenque. Eran habituales sus largas frases predicadoras, que encerraban siempre una solución moral a todo el que se acercase a comprar el "pescado bien fresquito".

Al lado del puesto de Floriana estaba el de Trini, que era la encargada de pregonar todo lo que las malas lenguas granadinas decían, incluida la suya.

Entre las clientas, Angustias guardaba un recuerdo especial de Cloti, una señora de origen judío, de unos setenta años, malhumorada, que solía pelearse con Floriana: "Mi reina, ¿a cuánto están los tomates?, ¿subieron cuántos céntimos?... en el otro puesto eran más baratos... me engañaste mi reina..." De Cloti, según Trini, se decía que participó en el asesinato de su marido, y que ahora compartía una mansión con su criado. Además, había una serie de señoras a las cuales, la memoria de Angustias ha borrado. Éstas solían hacer toda clase de comentarios "bics" tales como: "¿Qué te gustan más las cuentas o la gramática?" "Nena, entonces tú, ¿a quién quieres más a tu mamá o a tu papa?", a esta última, Angus sí solía contestar, y lo hacía en forma de bufido: "Yo no tengo papá pánfila", a lo que la señora de turno solía responder con una actitud "bic", como si nada hubiese ocurrido: "¡Qué collejilla que es la niña!" Lo de "bic" merece, sin duda, una explicación. Bic podía ser un comentario, un consejo, una persona, un objeto perteneciente a alguien, una actitud ante cualquier cosa, un acento, todo en definitiva. Bic es el sentido común para lo que la gente común significa sentido común: lo que todo el mundo espera prejuzgadamente que una persona por su edad, sexo, religión, etc., haga. Bic es también lo "políticamente correcto". Bic son los objetos carentes de estética, que no aportan ninguna satisfacción personal, pero son los denominados por la gente bic prácticos. Una casa bic es una especie de colmena de ladrillo, con toldos verdes y mamparas amarillentas en los balcones, bic es la mayoría. Bic es, en definitiva, no cuestionarse. A su edad, Angustias no sabía explicarlo, pero se erizaba cuando detectaba a alguien extremadamente bic.

Aquella mañana del mes de marzo surgió en el mercado algo inesperado, poco antes de que Angus se fuese al colegio. Mari Trini se percató de un sonido casi inaudible, lo más semejante al llanto de un recién nacido, que cada vez se hacía más intenso, y sonaba a intervalos. Trini comenzó a avisar a los tenderos más próximos, "han abandonado a un bebé", en un segundo se armó un revuelo que a Angus le pareció espantoso, todo el mercado en busca del recién nacido. "Parece que viene de los bajos de la pescadería", dijo alguien. Todos se asomaron, incluida Angus. Entre cajas de cartón había un pequeño felino negro, con el pelo desbaratado, ojitos verdes y carita de hambre que lloraba y temblaba. Por desconcierto de todos y grata sorpresa para Angustias, aquella criaturilla no era un ser humano. Nada más verlo, Angus hizo su primera fotografía. "¡Pero qué bonito eres! ¿Quién te ha dejado aquí? Tienes cara de Sucu, así que te llamaré Sucu. Tienes hambre, ¿verdad?"

Sucu, desde luego, no era un gatito bic, ¿hay acaso algún animal que lo sea? Era profundamente negro, despeluznado, tenía en el lomo unos cuantos pelos que formaban una especie de crestilla, unas patitas enclenques, y un hocico excesivamente pronunciado con enormes bigotes, apenas se mantenía en pie de lo pequeño que era. "Hueles a pescado, te lavaré, y te daré algo de comer". El gatillo rehusaba a los intentos de acercamiento por parte de la niña. Así que Angus intentó atraerle con un boquerón crudo que había entre las cajas, no sirvió de nada. En ese momento llegó Floriana: "Hija pero, ¿todavía no te has ido al colegio?" "Mamá, déjame cuidar al gatito, se puede morir". "Angus, no debes darle pescado, es muy pequeño. Traeré un poco de leche, y luego lo meteremos en una caja limpia para que le proteja del frío, pero en diez minutos te quiero ver camino al colegio". "Vale mami". A duras penas Sucu bebió dos sorbos de leche. "Sucu, no voy a ir al colegio, conozco un sitio donde nos podemos esconder". Cuando se cercioró de que su animalito estaba protegido, Angus hizo su aparición en el mercado como si hubiese regresado del colegio.

Al día siguiente, madrugó como de costumbre, sin éxito, para ver al lucero del alba y antes de salir preparó una bolsa que incluía una casa de muñecas donde pretendía meter al pobre gato, un peine rosa, una toalla, una jeringuilla y una mantita. A la tarde, cuando la niña salió del colegio, se fue al mercado a esperar a que su madre terminase de trabajar, como solía hacer todas las tardes, pero esta vez tenía una ilusión especial. Allí estaba Sucu, en



el mismo lugar donde lo había dejado el día anterior. "Sucu, tengo algo para ti", dijo, esperando una respuesta de gratitud por parte del gato. La niña sacó la mantita, una jeringuilla, la casa de muñecas y el peine rosa, y buscó un barreño donde lavar al gatillo. Para decepción de Angustias, Sucu respondió con violentas sacudidas al baño, así que luego tuvo que compensarle, arropándolo durante un buen rato con la mantita, y dándole leche con la jeringa, Angus se ganó un poco más la confianza de Sucu; en esos momentos, el gato era para la niña una especie de muñeco animado de lo más idóneo para jugar a las casitas, a lo que Sucu cedió durante un tiempo. Quizá por lo pequeño que era no le importó dormir durante una temporada en la casa de Nancy.

Angustias no era, desde luego, una alumna ejemplar. A menudo solía distraerse en clase viajando sólo ella sabe dónde. La seño solía decirle: "¿En qué lugar estás ahora Angustias que no te permite atender a la explicación?", ella seguía en blanco y detrás, todo un barullo de risas infantiles. Pero desde que conoció a Sucu, Angus parecía centrarse algo más, sobre todo en la clase de Ciencias Naturales, en la que el profesor había notado un cambio radical en su alumna, este cambio se fundamentaba en que Angustias hacía toda clase de preguntas acerca de la vida animal, y especialmente la de los gatos, es así como aprendió una serie de trucos que hicieron algo más favorable la vida de Sucu, entre ellos no volver a bañarlo.

Pasaban los meses y Angustias y Sucu crecían juntos, y como en toda relación tuvieron que hacerse el uno al otro. Sucu se hizo en poco tiempo un gato mayor, cosa que desconcertó a Angustias en un principio, ya que aquel gatito dócil comenzó a trepar por los tejados y a sustituir la comida que se le daba por la que él robaba de los puestos. Por supuesto, se resistía a vivir en una casa de muñecas; no obstante, de vez en cuando cedía y se dejaba tratar como a un pelele. Por su parte, Angustias aprendió a trepar por los lugares más difíciles, juego favorito de Sucu. Ambos se entregaban y aprendían el uno del otro de esa entrega. Fue así, como poco a poco se hicieron inseparables.

Y mientras, fuera, en el mercado, en casa o en el colegio, la vida pasaba ajena a Angustias, cuyo único y mejor amigo era Sucu. Nadie sabía lo importante que ese ser era para la niña, a pesar de que todo el mundo conocía su existencia: "Desde luego… como venga un día una inspección de sanidad… ¡Dejemos ahora que haya gatos entre los puestos y acabaremos consintiendo ratas!", comentaban algunas mentes insensibles. Cuando Angustias oía este tipo de comentarios, sabía que tenía que proteger a su amigo, por eso nunca hablaba de él, manteniéndolo en el anonimato. De esta forma, Sucu se convirtió en su pequeño secreto. Y en esa etapa ambos descubrieron interesantes escondrijos donde protegerse del resto del mundo, fue precisamente así como Angustias compartió con Sucu uno de los momentos más mágicos de su infancia.

Hacía un gran día de primavera, de esos en los que es posible ver, sin que nada lo impida, el azul del cielo de Granada, y de esos en los que también al hermanito de Angustias solía darle ataques violentos de alergia provocados por el polen. Así que esa misma tarde Floriana tuvo que dejar el puesto de frutas para llevar a José a urgencias. Pensando que la visita al médico no se retrasaría más de dos horas, Floriana dejó a Angustias en el mercado. Eran las siete de la tarde, una luz dorada se colaba por los huecos de las techumbres, como si de un invernadero se tratase.



Era la hora en la que todos los tenderos solían cerrar sus puestos y en la que Mari Cruz se calzaba con sus zapatos de charol blanco para volver a casa. Todos se extrañaron que Floriana tardase tanto, así que Mari Trini buscó a Angustias para llevarla a casa, pero no la encontró. Ante la evidencia de que la niña no estaba, surgieron toda clase de rumores como si de afirmaciones certeras se tratasen. Decían que la habían visto ir al colegio, y que seguramente habría vuelto a casa. Alguien dijo que Floriana se la llevó al hospital. En fin, era tarde y ninguno tenía ganas de complicaciones así que el mercado se cerró. Y todos volvieron a su casa, menos Angustias que se hallaba con Sucu en un escondrijo cerca de la sala de despiece, jugando, ajena al paso del tiempo y a todo lo que pasaba a su alrededor. Cuando empezó a oscurecer, Angustias salió y se dio cuenta de que el mercado estaba desierto, y que su madre no había regresado, probablemente la habían estado buscando y nadie dio con ella. Así que, desesperadamente, Angustias buscó un atisbo de vida humana, sin éxito. No había salida, las puertas del mercado estaban cerradas, así que no le quedaba más remedio que esperar, lo que más le angustiaba era imaginar la preocupación de su madre al volver del médico.

Las horas pasaban y allí no aparecía nadie, así que Angustias comenzaba a tener algo de hambre y frío. Menos mal que conservaba la fruta que su madre le había preparado para ir al colegio y que no se comió durante el recreo. Angustias sabía que tendría que pasar la noche junto a Sucu, así que Angus buscó el lugar más cálido para refugiarse junto a Sucu, y abrazada a él, éste le proporcionaba calor. Los dos estaban junto a un muro medio derruido, el tejado estaba algo roto, por lo que Angustias podía centrar su atención en las estrellas y espantar así el miedo que solía tener a la oscuridad, un miedo que aquella noche era más intenso, debido a una leyenda que contaba que en ese muro se oía, entre las tres y las cuatro de la madrugada, el lamento de sor María, una monja que murió ahogada en el antiguo convento de San Agustín sobre el cual, una vez en ruinas, se construyó el mercado. Extasiada por la luz de las estrellas fue como Angustias se olvidó por un momento de sor María y le contó a Sucu un precioso cuento inventado por ella y que más tarde tituló "El eclipse":

"Escucha esto Sucu: *Érase una vez el planeta Tierra, cuando allá por el 2004 ya sólo existía el reflejo de la luz de los ordenadores, cuando la gente había olvidado el sentido de la solidaridad, cuando ya nadie recordaba su propia lengua, cuando ya no existían las flores, ni los olores, cuando la luna y las estrellas se dejaron de ver para siempre. Una niña y un gato se protegían de la locura, de la inhumanidad, eran simplemente diferentes y tuvieron que esconderse del resto de los seres y permanecieron así durante mucho tiempo jugando y cuidando a las únicas flores que sobrevivieron en el planeta y que ambos guardaban celosamente. Pero hubo un día en que la niña se cansó de permanecer en la Tierra y de jugar con el gatillo, así que voló hacia el infinito. Cuando se hallaba en el cielo, la oscuridad era inmensa así que se desplazó lentamente hacia Venus donde la hija del planeta, Venusa, le prestó un traje de estrellas. Es así como se convirtió en luna. Pero la luna se sentía muy sola, tenía miedo y echaba de menos al gatito, y éste a su vez la echaba de menos a ella y no había día en el que la contemplase desde su escondrijo. Entonces, el felino construyó unas escaleras gigantes y trepó y trepó hasta llegar a su luna; como ella tenía miedo y frío, el gato la abrazó, tapando así la mitad del traje de estrellas que ésta poseía. Es así como los habitantes de la Tierra vieron por primera vez un eclipse de luna.*"

Y con esa historia Angustias se quedó dormida y permaneció abrazada a Sucu durante toda la noche.

Eran las seis de la mañana y ya entraba una luz lila por el hueco del tejado. Sucu comenzó a emitir maullidos como cuando solía estar en celo, lo cual despertó a Angustias. La niña miró hacia arriba y contempló por primera vez, junto a Sucu, al lucero del alba. Poco después, la policía, Floriana histérica y todo un séquito de "marujas", que habían estado buscando a Angustias durante toda la noche, irrumpieron en el escondrijo.

Aquella historia del eclipse que sorprendió a doña Concha, la profesora de lengua de Angustias, no sólo contribuyó a que la niña aprobase la asignatura, sino que sirvió como historia para una representación teatral de final de curso.

Era el mes de junio y en Granada comenzaba a hacer un calor insoportable que solía irritar a Angustias. Se acercaba el día del estreno, y rodeada de frutas, Floriana dedicó eternas horas a coser el traje de estrellas: "Pa que su niña fuese la más bonita de la función". Por su parte, Angustias ya se sabía su texto a la perfección. Pero había algo que la

enfrentó con su profesora, esto era que no le permitió que Sucu actuase en la pieza. En lugar de él, la profesora puso a un niño "repelente" llamado Julián para que hiciese el personaje del gato que eclipsa a la luna.

Llegó el día del estreno, y poco antes de ir al colegio, Angustias pasó por el mercado. "Sucu, te prometo que actuarás en la pieza". Así que la niña camufló a Sucu en una cestita de mimbre. La actuación comenzaba, y la emoción estaba a flor de piel; cuando llegó el momento clave, las estrellas decían: "Somos las estrellas del bosque y venimos a iluminar esta fría noche de invierno", en ese momento tenía que salir la luna y el gato. Así que para sorpresa de Julián, Angustias sacó a Sucu de la cesta y salió con él al escenario. La niña ignoró a Julián por completo, lleno de impotencia y rabia, éste le arrebató con ira el gatito de los brazos. Sucu le respondió con severos arañazos y luego cayó al suelo. El gato estaba asustado ante la mirada atónita de todos los papás que asistieron, así que dio un salto y se colgó del cable que sujetaba las pocas bombillas que iluminaban la función, dejando a oscuras y llorando a todos los niños.

Angustias no superó aquel terrible eclipse, no por el castigo que le cayó por parte de su profesora, sino porque vio cómo una ilusión de meses caía y, una vez más, la razón ganaba a los impulsos. Pero lo que más le dolía era que ella consideró el comportamiento de Sucu como una traición. Y aquella noche lo soltó en el mercado y le dijo llena de furia "¡Sucu, no quiero volver a verte más!" Al día siguiente, la niña no visitó a Sucu, fue el único día que no fue a verle, algo de lo que después se arrepintió el resto de su vida. El enfado se le pasó en cuarenta y ocho horas, y a los dos días fue a ver a su mejor amigo, como lo había hecho cada día. Pero Sucu ya no estaba allí. Angus esperó y esperó, no había día que no lo aguardara en su escondrijo, incluso le dejaba pescado por las noches, pero Sucu no regresaba. Pasaban lo días y nadie le daba una explicación a la niña, hasta que Angus se cansó de esperar y no quiso acompañar nunca más a su madre al mercado.

Angustias fue creciendo y se dio cuenta de que Sucu no le había traicionado, ya que la traición, así como el sentimiento de culpa por la pérdida de un ser querido, pertenecían exclusivamente a la condición humana. Prefería pensar que Sucu ,sencillamente, desapareció.

No fue casualidad que treinta años después, Angustias visualizase en un sueño cómo metían a su criaturilla en una furgoneta en la que se podía leer escrito "Recogida de animales". Probablemente, alguien se llevó a Sucu del mercado, sin tener en cuenta que aquel ser oscuro, de patillas enclenques y enormes bigotes era profundamente amado por alguien.

Dedico este cuento a los animales y a las personas que los protegen y los aman profundamente

Romina Sánchez Pérez
Actriz licenciada en Periodismo



MERCADO DE SAN AGUSTÍN. GRANADA

El mercado está situado en la granadina plaza de San Agustín, y debe su nombre a la ubicación del primer mercado de abastos sobre lo que antes fue el antiguo convento de San Agustín, que en el siglo XIX pasa a manos del municipio y sobre el que, una vez en ruinas, se construye el antiguo mercado central minorista.

El mercado se sitúa en un edificio moderno de nueva construcción sobre un aparcamiento con el que se encuentra conectado. Consta de tres plantas y 2.364 metros cuadrados de superficie total. Tiene 60 puestos, todos ellos dedicados a la venta de artículos perecederos: 21 pescaderías, 21 carnicerías, 7 comestibles, 3 fruterías, 5 de congelados, una de frutos secos, una panadería y una cafetería-churrería. La mayoría de los comerciantes provienen del antiguo mercado, o bien son hijos de antiguos comerciantes.